Asentósele en el corazón que se habían de ver en muy grandes trabajos y afrentas, así él como todos los de su imperio y reino; movido de este sentimiento comenzó a llorar amargamente, y todos los que con él estaban; y estas lágrimas y llanto corrió después por todos los de la ciudad, así chicos como grandes; luego comenzaron por las plazas y calles a hacer corrillos y a llorar los unos con los otros, incitándose a este llanto con razones tiernas y sentidas. Decían los grandes males que amenzaban y la ruina y caída que habían de tener como si ya estuvieran en ella, adivinándolos el corazón lo que después les sobrevino. Andaban todos cabizbajos y llorosos; los padres doliéndose de sus hijos les decían: ay de mí y de vosotros hijos míos, qué grandes males habéis de ver; y lo peor es que los habéis de pasar y sufrir. Lo mismo decían las madres a sus hijas con otras lástimas que el grande amor y tristeza les enseñaba. Con estas muestras de tristeza pasaron la noche y el día todo, y Motecuhzuma, como más interesado en el honor y honra que podía perder, lo sentía más que todos.

CAPÍTULO XVI. *De la llegada de Fernando Cortés a San Juan de Ulúa y cómo saltó en tierra y cosas que sucedieron; y se conoció la india que después de bautizada se llamó Marina*

LEGÓ FERNANDO CORTÉS A LA ISLA DE SACRIFICIOS habiendo dejado atrás otros puertos y ríos que sus gentes le iban mostrando, que todo aquello hasta este paraje en que ahora se hallaba se llamaba, en lengua mexicana, Chalchicoeca. Descubríanse por esta tierra muchos montes de arcabucos y espesuras y grandes sabanas y campos, y porque se descubría mucha gente por toda la costa y el mar parecía por ella bravo y peligroso, mandó Fernando Cortés que se mirase adónde se podía dar fondo, que los navíos estuviesen seguros del norte. Los indios en descubriendo los navíos, como Juan de Grijalva los había dejado contentos, acudieron en grandísimo número a la orilla de la mar y capeando hacían señas para que se acercasen; pero no permitió Fernando Cortés que aquel día saliese nadie a tierra. Los indios, que mucho deseaban que se desembarcasen, viendo que se estaban quedos, enviaron dos grandes canoas para saber qué gente era, como también lo tenían por mandamiento del emperador Motecuhzuma, como al siguiente capítulo se verá, y qué buscaban; y por los estandartes que estaban puestos en la capitana écharon de ver que en ella estaba el general. Fernando Cortés los recibió con gran placer y todos los castellanos mostraron gran regocijo, y por señas (porque ninguna cosa los unos a los otros se entendían) mostraron oro, diciendo que rescatarían si se lo llevasen porque iban a contratar y no les harían algún enojo. Cortés les mandó dar de comer y de beber vino de Castilla, que les supo bien y unas cuentas azules con que se fueron contentos. Otro día, que fue Viernes Santo, mandó Cortés que desembarcasen los soldados los caballos, la artillería y todo lo que

había en unos arenales, adonde hay unos montones u médanos de arena, y allí acomodaron la artillería en la parte que para asegurarse les parecía más a propósito. Hízose un altar adonde luego se dijo misa. Armáronse chozas y ramadas para aposentarse, acomodándose los soldados de tres en tres, en lo cual, y en poner los caballos en parte conveniente, se pasó aquel día. El sábado siguiente, víspera de la Pascua, acudieron muchos indios que envió un cacique, ministro de Motecuhzuma, dicho Cuitlalpitoc (a quien después llamaron Obandillo). Éstos llevaron pan de maíz, gallinas, fruta y otras cosas de comer; y también llevaron muchas piezas de oro, mosqueadores, rodelas y otras cosas ricas, labradas de pluma, que se rescataron por cosas de Castilla como eran cascabeles de latón, cuchillos y tijeras, con las cuales pensaban los indios quedar muy ricos y haber engañado a los españoles. Y volviendo con mucho contento a sus pueblos daban nueva de haber llegado cierta gente, como la pasada, de quien por poco precio como era el oro habían habido aquellas cosas tan ricas; y así acudía infinita gente, porque a cuatro y cinco leguas y diez de la costa de la mar había muy grandes pueblos; pero aún no había llegado la nueva de lo sucedido en Tabasco, porque si lo supieran mucho más se recataran. Estos indios que envió Cuitlalpitoc adobaron la choza de Cortés y las más cercanas a ellas, y pusieron sobre ellas mantas grandes para defensa de el sol, que le hacía picante y recio.

La causa de venir tanta gente a la marina debía de ser que luego que Motecuhzuma oyó lo que por sus embajadores le fue dicho, de lo que en los navíos vieron y cosas que pasaron, envió a mandar a sus gobernadores y capitanes que si aquellas gentes saliesen a tierra los tratasen con amor y caricia, y supiesen de ellos los intentos que traían y cosas que deseaban; y por esto sirvieron los indios que el cacique había enviado a Cortés y le compusieron mejor la ramada de como la tenía y las de sus compañeros; y no cesaban de día ni de noche de ir y venir postas y mensajeros, desde esta ciudad a la costa de la mar, con grandes avisos y advertencias para los que al rey y senado se habían de dar.

Luego el primer día de Pascua llegó al ejército el principal gobernador que en aquella provincia tenía puesto Motecuhzuma, que se llamaba Teuhtlille y con él iba Cuitlalpitoc, que era uno de los más principales de la costa, y con ellos iban muchos indios con un presente de oro y gallinas y otras cosas. Habiendo hecho el gobernador tres reverencias a Cortés, a su usanza, con mucha sumisión y humildad, le recibió con mucha cortesía, y en oyendo lo que quiso decir, aunque mal entendido, ordenó que se aderezase un altar lo mejor que pudiese y cantó la misa el padre fray Bartholomé de Olmedo, que tenía muy buena voz; y oficióla el clérigo Juan Díaz, con algunos soldados que sabían cantar, estando los indios a todo muy atentos. Comió el gobernador con Cortés y también Cuitlalpitoc. Luego les dijo por el mejor medio que pudo: de quién eran vasallos y cómo eran cristianos, y que deseaba visitar a su rey y decirle cosas de grande importancia de que se holgaría. Y que también deseaba de contratar con sus vasallos con toda buena amistad. Teuhtlille respondió: pues aún no eres llegado

y ya le quieres hablar. Recibe este presente que te damos en su nombre y después me dirás lo que quisieres (y aunque Gerónimo de Aguilar no sabía sino la lengua de Yucatán, a pedazos y por señas, aunque con trabajo, se entendían algo). Mandó sacar de una petaca muchas piezas ricas de oro y de buenas labores y diez cargas de ropa blanca de algodón y pluma, que eran cosas de ver, que por no enfadar y porque tampoco se entenderían por sus nombres dejo de referirlas, demás de las gallinas y comida que había presentado. Fernando Cortés le dio muchas gracias por señas y meneos y le presentó una silla de caderas, labrada de ataracea, una camisa labrada, una gorra de carmesí, con una medalla de oro de un San Jorge y muchas cuentas de vidrio y sartales de diferentes colores, envueltas en algodón, con muchos olores de almizcle que fueron de los indios muy estimadas, porque iban hechas en collares de manera que parecían bien. Y porque Fernando Cortés no perdía punto en ninguna cosa, adonde le parecía que podía ganar reputación, mandó poner toda su gente en batalla y que los arcabuceros disparasen y que escaramuzasen los de a caballo, cosa que a los indios puso grande admiración; pero mayor los truenos de la artillería, como cosa para ellos tan nueva, como también lo había hecho en los navíos en presencia de los embajadores (como lo dejamos dicho).

Llevaba el gobernador Teuhtlille pintores que muy presto y al natural pintaron en lienzos blancos y de algodón los navíos, según lo tenía por mandamiento de Motecuhzuma con todos sus aparejos; a los castellanos con sus armas y caballos y el artillería y el número de la gente muy al natural; lo cual con el presente de Cortés llevó él en persona, con mucha diligencia, a Motecuhzuma. Este gobernador, que estaba en esta provincia, tenía gente de guerra, no para defenderla de invasiones y guerras marítimas, porque nunca pensaron haber de tenerlas de gentes extranjeras, por tener el mar por inavegable, sino para el gobierno y sosiego de la gente natural. Despidióse de Cortés y dejó allí cerca a Cuitlalpitoc, con número de hombres y mujeres para que les moliesen el pan y proveyesen a los españoles de gallinas, pescados, frutas y otros bastimentos. Y este servicio se hacía a sólo Cortés y capitanes y otra gente principal de los nuestros; porque los otros, si no lo rescataban o iban a pescar no lo comían.

Sucedió este día que una de las esclavas que dieron en Tabasco a Fernando Cortés, que le cupo en parte a Alonso Hernández Portocarrero, que después se llamó Marina, se acercó a hablar con aquellas mujeres que habían ido para hacer el pan, y echando de ver que se entendía con ellas se supo por medio de Gerónimo de Aguilar que esta mujer entendía bien la lengua mexicana, y como sabía también la de Tabasco pudo muy bien entenderse después con Aguilar, de que recibió Fernando Cortés gran contento, pareciéndole que ya tenía mejor aparejo para darse a entender con la gente de aquella tierra. Esta lengua mexicana es general en esta Nueva España, y casi corre por todas las provincias de ella con que suelen entenderse unos de una lengua con otros de otra; porque como los mayordomos y calpixques de los reyes mexicanos y tetzcucanos corrían por toda ella, cobrando las rentas reales, dejaban noticia de ella y por ella se entendían;

y Marina (según dijo) fue hurtada en su tierra, que era hacia Xalisco, al poniente de esta ciudad de Mexico, donde en muchas partes como yo he visto se habla esta lengua mexicana, y fue llevada y vendida a Tabasco. Entendióse que era de padres nobles y bien lo mostró con las buenas inclinaciones que siempre tuvo. No se entendieron ella y Aguilar luego perfectamente, porque los indios de esta Nueva España más que otras naciones entienden por meneos y señas, por tener muy vivos los sentidos interiores y exteriores, porque es admirable su imaginativa; pero presto se entendieron bien y fueron muy fieles intérpretes, cosa que a Fernando Cortés fue de mucha importancia y descanso, y Dios que así lo ordenó para que más aína se hiciese la obra de la introducción del santo evangelio.

CAPÍTULO XVII. *Cómo se le va a dar aviso a Motecuhzuma de la llegada de Cortés, y de un presente que le envió muy de notar*

OMO MOTECUHZUMA, DESPUÉS DE LAS NUEVAS que le habían llevado sus caballeros de la gente que había parecido en la mar, había mandado a sus gobernadores que en la parte que saliesen a tierra los regalasen y acariciasen, hízolo así Teuhtlille y vino a visitarle de parte suya, y como sintió en Cortés sus intentos, y que eran de ver a su rey, no le pareció cosa conveniente que esto se ocultase ni menos que otro que él llevase la nueva a su señor, porque temía algún gran castigo si por su descuido u negligencia hubiese algún desmán u desconcierto; y así fue él en persona con las pinturas sobredichas y relación de lo que había pasado con Cortés; y cuando lo vio Motecuhzuma quedó admirado mucho más que la primera vez, espantándole las armas, los caballos ensillados y los caballeros que iban en ellos, su traje y tiros de artillería; y temiendo que de gente tan feroz y tan proveída no le podía suceder sino daño, y entendiendo que apetecían el oro (porque así se lo habían dicho sus criados), mandó sacar de sus riquezas, que eran tan grandes cuales nunca se cree otras antes de ellas haberse visto ni oído, y componer un presente de cosas por tal artificio hechas y labradas que parecían sueño y no artificiadas por mano de hombres, y mandó a Teuhtlille que en compañía de otro caballero mexicano se llevase a Fernando Cortés.

Mandóles partir luego porque llegasen con priesa, pensando que Cortés y los suyos fácilmente se contentarían y se irían luego; y mandó a su gobernador que por buen término, en dándole el presente, le dijese que se fuese a su tierra y saliese de la suya, porque tenía por cierto, según sus agüeros (de los cuales hemos tratado ya en el libro de sus guerras y pujanza en que estaban los mexicanos cuando llegó Cortés), que su estado y prosperidad había de perecer dentro de pocos años por mano de cierta gente que en sus días bajaría su potencia y felicidad (que es la causa porque derramó